



**PUESTO DE LOTERIA  
AUTORIZADO  
MUNICIPALIDAD DE  
SAN JOSE**

PUESTO #

93



**"Mantener en lugar visible"**

AVENIDA

0

CALLE

7

CONTIGUO A

Tienda Novicaton

# JUGARSE LOS CHANCES *de la vida*

CUANDO JEANETTE JIMÉNEZ ERA APENAS UN NIÑA, SU PADRE LE PROHIBIÓ SALIR CON VENDEDORES AMBULANTES Y DE LOTERÍA. “PERO LA LENGUA CASTIGA”, DICE AHORA. LA AVENIDA CENTRAL HA SIDO LA “OFICINA” DE ESTA CHANCERA DURANTE LOS ÚLTIMOS 40 AÑOS.

PRISCILLA GÓMEZ  
priscilla.gomez@nacion.com  
FOTOS: JORGE NAVARRO

Jeanette Jiménez recuerda la luna llena que vio el día que conoció a su esposo Carlos Alvarado. “Estaba esa luneta, y él llegó de noche a pedir la mano. Y yo vuelvo a ver el cielo, 10 de octubre. Inolvidable”. Jiménez tenía 17 años, y Carlos 29. Vivían en un precario en Curridabat, separados por tan solo unas casas. Ella solía verlo pasar por la acera del frente, cuando él se dirigía hacia San José para vender lotería. Pero nunca se habían hablado. Eso sí, Carlos ya le había puesto el ojo.

En ese entonces, jamás pensó que ese hombre, a quien su padre le prohibió conocer, llegaría a ser su tiquete hacia la libertad.

Ambos comparten un tramo en la avenida central al lado de la tienda Movistar. Más que un tramo, una silla

y una mesa.

Ahí se encuentran de lunes a lunes desde hace más de 30 años. Venden lotería, chances y raspaditas.

La mirada de Jeanette no oculta su sentir: está completamente segura de que ese no fue el rol para el cual nació, “pero usted sabe, las vueltas de la vida”.

Desde ahí tiene que lidiar con los vientos fuertes que le congelan la nariz, hasta con los rayos ultravioleta y las descargas de radiación solar. Pero Jeanette siempre está con la espalda erguida, sin padecer algún temor, a pesar de que su sustento lo tira a la suerte todos los días.

Pero es que así aprendió.

## JOHN WAYNE EN HOJANCHA

Jiménez viene de una familia de valientes, que sin tener nada claro se lanzaban al vacío en busca de lo mismo, la suerte.

Cuando su padre, Luis Enrique Jiménez tenía 21



Jeanette Jiménez junto a su esposo Carlos Alvarado. Ambos vendedores de lotería desde hace más de 30 años.

años, viajó a Estados Unidos en busca de la tierra prometida. Era un hombre alto y guapo.

Un día alguien le recomendó ir a Hollywood. “Le dijeron que era muy parecido a John Wayne. Cuando llegó, alguien lo notó y lo recomendó. Así se convirtió en el doble de acción de ‘El Duque’, como le decían”.

No estuvo mucho tiempo allá, partió luego de que un hermano le enviara una carta contándole que su esposa, la mamá de Jeanette, tenía un enamorado.

comida a su papá cuando este llegara de trabajar.

Pensó muchas veces en escaparse, pero tenía, al fin y al cabo, cinco años. Harta de su situación, una mañana amenazó a su padre.

“Le dije que si no me traía a mamá me iba ir en bus. De por sí, ya sabía donde quedaba la parada”.

Pero no fue necesario, a la semana, en la casa donde Jiménez aprendió a prenderle fuego a la leña mojada, llegó el resto de su familia.

Luego de un año viviendo entre monte y humo, salir de la montaña, para regresar a



A la semana, Jiménez ya estaba de nuevo en el país.

Nunca tuvo un oficio fijo, para comer y vivir comenzó a vender encurtidos, que según su “hija favorita” tenían la acidez perfecta para que los huesos de la quijada no se estremecieran.

“Era muy inteligente... Usted podía comerse eso en una tortilla”.

Aprendió a hacer zapatos y mostaza, y también fue tractorista. Durante este último periodo, decidió viajar a Hojancha en Guanacaste, donde lo contrataron para limpiar terrenos y abrir caminos.

Pero no se fue solo, se llevó con él a Jeanette, quien tenía cinco años, y cero deseos de ir.

“Error, error. Fue para mí desprenderme de mi mamá”.

Lloró toda la noche y las que siguieron. De un día para otro, tuvo que aprender a cocinar con leña, y a servirle la

montaña, para regresar a la ciudad fue uno de los tantos caminos que rodó a regañadientes.

Nunca volvió al campo.

## MUJER VALIENTE

“La lotería es millonaria” es la verdad que grita don Carlos cuando vende en la avenida. Pero no es fácil hacer plata así.

El negocio de la suerte es, al final del día, un negocio como cualquier otro. Y quienes tienen que sudar la gota gorda, son aquellos con menos privilegios económicos.

En este caso, Carlos y Jeanette. Los días de sorteo deben vender aproximadamente 60 papeles, es decir, 60 enteros. Sí o sí.

Esto no es tan sencillo como parece. La avenida está repleta de otros vendedores y no siempre se llega a la meta. El estrés que causa la incertidumbre, llevó a Jeanette a plantearle a su esposo,

hace unos tres años, que dejen la lotería un tiempo.

Él aceptó. Lo hicieron por un año, y a cambio vendían ropa que Jeanette confeccionaba, manteles y fundas personalizadas, pero Carlos no resultó ser tan buen vendedor y se atrasaron con el pago de su casa.

La deuda nunca llegó ni al medio millón de colones, pero aún así la perdieron.

“Yo sabía el día que llegaría el señor a quitarnos las llaves, entonces salí antes y lo vi entrar desde los 200 metros. Él me llamó y me dijo que tenía que estar ahí, pero yo le dije que no quería oponerle ninguna resistencia”.  
Triste por eso, no se lamenta de nada.


Extraña su casa, como tenía organizadas las ollas, los cuartos de sus hijos, las pare-

des donde colgaban cuadros con pinturas de ellos.

*Pero c'est la vie.*

El rol que Jeanette quisiera interpretar en este momento es el de ama de casa. El de abuela, el de quien puede descansar por las tardes.

En especial porque padece de fibromialgia, una enfermedad que ataca el sistema nervioso, y causa dolores crónicos en distintas partes del



Jeanette Jiménez tiene más de 20 años de vender lotería en la avenida central. Con este oficio, pudo —junto a su esposo— darle estudio a sus 5 hijos.

cuerpo. Hay mañanas en las que la voz no le sale; y así tiene que ir a su silla y mesa. Ahí se la pasa, entre pedreiros que le cobran una tarifa diaria para que la protejan.

“Cuando alguno ve a Carlos en una situación sospechosa, que alguien se acerca mucho a su canguro, ellos le dicen ‘qué ocupa, Pa. Aquí lo estamos cuidando’. Entonces preferimos pagarles”.

El año pasado optaron por solicitar la pensión, pero la Caja Costarricense del Seguro Social se las negó porque sus cinco hijos tienen títulos profesionales.

“Sacaron una computadora y nos mostraron los ingresos de cada uno. Nos dijeron que ellos podían ayudarnos”.

Carlos tiene 73 años, y Jeannette, 61. Nunca han dependido de nadie. Solicitar la pensión fue un acto de desesperación. Estar de pie cansa.

Los días en que la fibromialgia está en lo más y mejor, tampoco puede comer nada. “Solo aguadulce sin leche”, pide.

El encargado de ir por un vasito es su marido, su libertad.

municipal la arrinconó y la comenzó a besar y a tocar.

“Nunca me habían dado un beso tan siquiera. Fue un abuso”, recuerda.

Aquello la truncó y la sacó de las ventas ambulantes. Por un tiempo pasó en su casa cuidando a sus cinco hijos. “No quería que se desviaran del camino, entonces ahí estuve para que estudiaran”.

Lo hizo bien. De vez en cuando alguno la visita a su mesa y toman café o almuerzo. En su espacio fijo, Jeannette se ha convertido en una madre para muchos; en la personificación de la buena suerte.

“Aquí llegan muchos de la Ua pedirme entrevistas, o fotos para sus trabajos y yo a todos les digo que sí. Porque hay que apoyarlos. Un

muchacho solía comprarme siempre lotería, me decía que sí pegaba el gordo era para sus estudios y un poco para mí. Un día lo asaltaron y vino aquí, a que lo ayudara con los pases. Yo no sé por qué la gente viene hacia mí. Siempre me dicen que algo los atrajo. Pero yo no sé que es lo que ven”.

A los 5 años  
Jiménez  
aprendió a  
cocinar, y cuidar  
de un hogar.  
También  
aprendió a  
negociar su  
felicidad.



## MUJER LIBRE

Cuando Alvarado le pidió la mano al papá de Jeanette la condición era que se debía casar a los tres meses. “Dicho y hecho. El cumplió”.

Así fue como Jiménez voló, con el deseo de construir su propio hogar donde las reglas fueran impuestas en comunión. Sí todo salía mal, no iba a ser peor.

Luego de la boda, vivieron unos meses en un cuarto junto a otra familia, en Curridabat, pero Jeanette se sentía demasiado observada, y anhelado su libertad más que nunca. Eventualmente, alquilaron un apartamento pequeño.

“Hasta que me casé supe lo que era despertarme a las 7 de la mañana. Papá solía levantarnos a las 4 o 5 todos los días”.

Desde pequeña aprendió a trabajar con sus manos, sabe cocinar cajetas, coser, hacer mermeladas. Vendió naranjas en baldes de pintura cuando era una adolescente, hasta que un día un guarda



Jeanette tiene sus métodos para leer al comprador. Así ha notado una serie de números que suelen ser los preferidos. Los anota para llevar la cuenta.